

LA COLECCIÓN DE CARTAS GEOGRÁFICAS REUNIDA POR LASTANOSA (1607-1681)

Agustín HERNANDO RICA*

RESUMEN.— El estudio del catálogo de la biblioteca formada por Lastanosa nos permite apreciar la colección de mapas y obras geográficas reunidas por un erudito aragonés del siglo XVII. Un legado admirable por su magnitud y características, poco frecuente incluso entre la nobleza de la época y tenido en especial estima, si consideramos su elevado precio y las dificultades para su adquisición y conservación. En el presente artículo examinamos las cualidades culturales que ostenta este excepcional patrimonio —geografías clásicas y contemporáneas; relaciones, guías y otras contribuciones; antologías cartográficas o atlas; mapas, planos y vistas; globos y esferas armilares—. Finalizamos preguntándonos por las motivaciones de su posesión y su potencial experimentación.

ABSTRACT.— Studying the catalogue of the library formed by Lastanosa enables us to appreciate the collection of maps and geographical works gathered together by the Aragonese XVII century scholar. An admirable legacy because of its magnitude and characteristics, not very common even among the nobility of the time and held in special esteem, if we consider the high price and the difficulties in acquiring and preserving it. In this article, we examine the cultural qualities of this exceptional heritage —classical and contemporary geographies; lists, guides and other contributions; cartographic anthologies or atlas; maps, drawings and views;

* Universidad de Barcelona.

globes and armillary spheres—. We conclude by wondering about the motivations for their possession and their potential experimentation.

UN INVENTARIO CARTOGRÁFICO DEL SIGLO XVII Y SU INTERPRETACIÓN

El estudio de las obras cartográficas enumeradas en el catálogo de la biblioteca formada por un erudito aragonés del siglo XVII, Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681), nos brinda la oportunidad de descubrir aspectos inéditos del panorama cultural de aquel siglo.¹ En primer lugar, las cualidades que posee su patrimonio cartográfico; el número y las características de los ejemplares adquiridos, sus creadores, procedencia y otros rasgos significativos de la cultura geográfica de este siglo.² En segundo lugar, no dejan de sorprender algunas de las circunstancias que concurren en la acumulación de este arsenal de datos y estampas geográficas, como el lugar y la personalidad de quien los poseyó, una figura relativamente modesta, ajena a los afanes de la corte y con escaso protagonismo político o diplomático en la historia de su país; tanto la ciudad de Huesca como la residencia de su propietario se hallaban lejos de los escenarios en los que se adoptaban las decisiones estratégicas del momento, las relacionadas con el Reino de Aragón o con los dominios de la Corona española, ámbitos en los que la cartografía constituía un eficaz instrumento de gobierno. En definitiva, su presencia evoca el desempeño de otra función y contribuye a comprender el prestigio alcanzado por su biblioteca y los elogios prodigados a su erudito poseedor.

Sabíamos que los monarcas y autoridades eclesiásticas de los siglos XVI y XVII, apremiados por las necesidades de gobierno, ordenaron la confección o adquisición de estas valiosas imágenes, acumulando un considerable legado.³ Nobles que desempe-

¹ El catálogo en el que figuran enumerados los libros, mapas, instrumentos matemáticos y medallas que formaron su colección en la década de 1650 se encuentra depositado en la Biblioteca Real de Estocolmo (Kungl. biblioteket, Sveriges nationalbibliotek), con la signatura U-379; fue adquirido por J. G. Sparwenfeld durante el viaje que efectuó por España en 1690; en el pasado debieron existir otros inventarios de la biblioteca, ya que Latassa consultó uno en 1769.

² La importancia de la biblioteca ha sido ensalzada por diversos estudiosos; la relación de libros que figura en el catálogo fue publicada por SELIG, Karl-Ludwig, *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa, Patron of Gracían*, Ginebra, Droz, 1960; con anterioridad, Ricardo del Arco ya había señalado su magnitud y méritos, aludiendo a la presencia de mapas; de la época contamos con la descripción de su residencia efectuada por Juan Francisco Andrés de Uztarroz, cronista de Aragón y amigo personal, que citamos en la nota 4.

³ BEANS, George H., *A Collection of Maps Compiled by Luis Hurtado de Toledo, Spanish Ambassador in Venice*, Jenkintown, The George H. Beans Library, 1943.

ñaron tareas de gobierno, como el conde duque de Olivares, conscientes de las ventajas que otorgan tales ejemplares, también poseyeron importantes colecciones. Asimismo, insertados en lujosas antologías, los mapas comenzaron a formar parte de las bibliotecas de los miembros más cultos de la aristocracia, los conventos y la burguesía urbana. En cambio, el inventario que vamos a examinar, como testimonio documental procedente de una personalidad ajena a la nobleza, nos invita a considerar la existencia de otro contexto funcional del mapa y atribuirle aspectos derivados de su experimentación que hasta ahora ignorábamos. Además, nos hallamos ante la reseña de mapas y obras geográficas más extensa y mejor identificada de una colección particular reunida en el transcurso de estos siglos.

Hay otro hecho que nos llama poderosamente la atención. Pese a los halagadores elogios tributados a la biblioteca de Lastanosa por sus contemporáneos, entre ellos no encontramos alusiones explícitas a los mapas,⁴ aunque hacen referencia a los demás objetos o piezas de su colección. Una omisión que revela la escasa sensibilidad mostrada por visitantes y personas que la frecuentaron. Atribuimos este silencio a la escasa preparación geográfica y la poca familiarización con estos evocadores documentos a que había llegado la sociedad española del momento. El contraste entre el interés despertado en su propietario y la indiferencia de las personas que visitaron su residencia es muy significativo. Estos últimos se sintieron más atraídos e impresionados por las antigüedades, los libros, los objetos curiosos y las “maravillas” de la naturaleza.

La dispersión de los fondos que un día constituyeron su rica colección fue una pérdida patrimonial de valor incalculable. El testamento otorgado por su dueño no la menciona. El catálogo redactado, con la mención de los ejemplares que la formaron, es el único testimonio conservado.⁵ Gracias a su preservación en la Biblioteca Real de Estocolmo, lo que un día constituyó una sensible “pérdida cultural” se ha convertido

⁴ ANDRÉS DE UZTARROZ, Juan Francisco, *Descripción del palacio y los jardines de Vincencio Juan de Lastanosa*, c. 1659, ms. B-2424 de la Hispanic Society of America, f. 40r; menciona “un mapa grande universal moderno, con orla de trajes y ciudades de famoso colorido, y gran número de mapas pequeños y por las márgenes las naciones y sus trajes”; cita igualmente “retratos de ciudades”; véase SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., *Fuentes literarias para la historia del arte español*, vol. v, Madrid, 1941, donde aparece reproducido el manuscrito.

⁵ Como hemos avanzado, el original se encuentra depositado en la Biblioteca Real de Estocolmo; esta biblioteca dispone de otro codiciado manuscrito que contiene numerosas medidas geométricas de la Península, lo que ha llevado a algunos estudiosos a suponer que aquí puede encontrarse la clave de la autoría del enigmático *Atlas de El Escorial*; el ejemplar pudo pertenecer a Labaña.

en un documento de excepcional valor para los estudiosos, saturado de noticias y datos esclarecedores de la sociedad del XVII.⁶

Con la emoción que emana de sus páginas y la identificación de algunos preciados ejemplares, surgen interrogantes difíciles de despejar, ya que no disponemos de documentación complementaria. Nos referimos a *cómo* Lastanosa fue conformando este exquisito patrimonio, es decir, dónde lo adquirió, por qué esos ejemplares y no otros; quién o qué contribuyó a despertar su afición y cómo se fue gestando; y cuáles fueron los ideales o afanes posesivos que animaron su compra. Otra cuestión significativa reside en averiguar *cómo fue experimentada* la colección por su poseedor y los beneficios extraídos de la misma, intelectuales, prácticos o afectivos. No deja de sorprender su escasa *visibilidad* y la débil huella dejada en sus contemporáneos. En definitiva, unas cuestiones a las que trataremos de encontrar una respuesta.

En el presente estudio vamos a ponderar el valor cultural que ostenta este patrimonio, sus méritos y los posibles significados alcanzados para su propietario. Analizamos, en primer lugar, su heterogeneidad temática, es decir, la variada retórica con que aparece registrada la información geográfica. A continuación nos ocupamos del significado cultural, social e ideológico que supone su posesión, unos mensajes sutiles y difíciles de precisar. Como todo legado cartográfico, su estudio invita a efectuar diversas lecturas e interpretaciones. La más elocuente, derivada de la cultura idealista que sostenemos y los valores asociados a una biblioteca, es la instructiva; pero debemos alertar de la existencia de otros significados, como son los simbólicos y sociales.

LA COLECCIÓN DE SABERES GEOGRÁFICOS

Y SU VARIADA REPRESENTACIÓN: LIBROS, MAPAS Y GLOBOS

Entre el vasto patrimonio bibliográfico acumulado por Lastanosa distinguimos la presencia de cinco categorías de obras que ostentan información geográfica. En pri-

⁶ Sirva de ejemplo la reciente publicación del facsímil del atlas en la obra SÁNCHEZ RUBIO, R., I. TESTÓN NÚÑEZ y C. M. SÁNCHEZ RUBIO (eds.), *Imágenes de un imperio perdido. El atlas del marqués de Heliche: plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias*, Mérida, Junta de Extremadura, 2004 (libro lujosamente editado, acompañado de un CD-ROM); o los atlas dibujados por Texeira en el transcurso de estos años, dados a conocer recientemente, por ejemplo, en PEREDA, F., y F. MARIAS (eds.), *El atlas del Rey Planeta. La "Descripción de España y de las costas y puertos de sus reinos" de Pedro Texeira (1634)*, Hondarribia, Nerea, 2002.

mer lugar, las que exhiben este término, unas aportaciones que tanto hoy día como en el pasado son consideradas como geográficas. En segundo lugar, ejemplares que, pese a no ser calificados o percibidos como tales, fueron consultados asiduamente por los geógrafos, debido a la dimensión espacial de sus datos. Constituyeron indispensables recursos con los que resolver dudas territoriales y equiparse de un saber geográfico más riguroso o depurado. Los itinerarios de caminos, las crónicas y las narraciones de diversos países son muestras significativas. Entre los fondos de este frondoso patrimonio cultural encontramos, en tercer lugar, unos ejemplares muy apreciados por su seductora presentación: los atlas o antologías cartográficas. Estas joyas bibliográficas poseen el mérito de ofrecer una información territorial sistematizada dibujada de manera muy evocadora.

Si las tres categorías precedentes aparecen diluidas entre el patrimonio reseñado, el catálogo contempla un apartado especial dedicado a enumerar los mapas que alberga su colección, rasgo que delata la acusada sensibilidad cartográfica de su propietario. Sabemos que algunos estuvieron expuestos en las paredes, desempeñando una función ornamental, similar a la de otras artes visuales como un cuadro, tapiz o vista. Para nosotros, debido a su singular retórica, belleza estética y número de ejemplares reunido, constituye el apartado más relevante de la biblioteca, coincidiendo en ello con la determinación adoptada por su propietario. El pausado examen de este capítulo del catálogo revela los años de edición, las áreas hacia las que se sintió atraído, los lugares de confección y la esmerada presentación estética que ostentan. Un apartado excepcional, sin parangón en catálogos de esta naturaleza y para esta etapa histórica.

Finalmente, en el catálogo también advertimos la presencia de unos instrumentos que constituyen otra versátil manifestación o retórica del saber geográfico. Nos referimos a los globos, esferas armilares y demás recursos que permiten a los estudiosos asimilar mejor una cultura espacial.

Este rico fondo documental constata la afición dispensada hacia uno de los temas más novedosos del momento: los datos geográficos, ya sean plasmados de manera literaria o gráfica. Refleja la persistencia de los gustos humanistas surgidos en el transcurso del siglo precedente, etapa en la que los eruditos saborearon los mensajes condensados en las obras clásicas. En su biblioteca encontramos a geógrafos clásicos, como Ptolomeo, Mela o Plinio, aunque no a Estrabón. En definitiva, el fondo evoca la curiosidad sentida hacia los escenarios terrenales.

Sorprende la ausencia de algunas obras cartográficas significativas, tanto heredadas del pasado como confeccionadas recientemente, como más adelante veremos. Y algo que puede parecer paradójico: su arquitecto, pese a estar dotado de un elocuente espíritu cartográfico, no fue un apasionado de los mapas. Su colección no se incrementa significativamente en el transcurso de los años sucesivos. Es el capítulo del catálogo que no registra incorporaciones o regalos de esta naturaleza, a diferencia de los demás apartados.⁷

La redacción del catálogo fue iniciada por un buen conocedor del tema, ya que consigna los datos que ayudan a identificar cada una de las piezas, tanto bibliográficas como cartográficas. Omite algunos datos esenciales, pero no podemos esperar más de un testimonio tan personal y efímero de esa época. La caligrafía es clara, legible y elegante, atributos que no reúnen las anotaciones de Lastanosa y otras personas que colaboraron en su confección. Aunque su redacción se inicia en fecha temprana, en torno a 1635, y acoge ya un número considerable de ejemplares, sabemos que su propietario siguió adquiriendo afanosamente obras, hasta llegar a atesorar un ingente patrimonio.

Las obras geográficas existentes en su biblioteca: los manuales

Dentro de esta primera categoría podemos advertir la presencia de dos tipos de ejemplares: los clásicos, aquellos que habían sido descubiertos y leídos con avidez durante el Renacimiento, y los escritos recientemente, inspirados en las contribuciones precedentes; emulan su estilo y tratan de enmendar y actualizar la información territorial disponible. La biblioteca cuenta con otros ejemplares que podemos calificar de geográficos, como los tratados cosmográficos, otra tradición cultivada con entusiasmo en la época. Vamos a examinar este primer legado cultural de la colección.

Cualquier biblioteca geográfica que se precie, incluso hoy día, no puede prescindir de la presencia de obras clásicas. Un patrimonio intelectual heredado de nuestros antepasados, griegos y romanos, y responsable de algunas de las señas de identidad que caracterizan la cultura occidental. Unas obras que despertaron enorme fervor, siendo el fermento de la renovación intelectual producida durante los siglos XV y XVI. Sin duda, la aportación que causó mayor impacto, la más elogiada de este patrimonio,

⁷ Aunque el capítulo consagrado a los mapas no experimenta adiciones, el catálogo, en cambio, ostenta en otros apartados obras cartográficas que debió adquirir posteriormente, como el *Atlas* de Mercator.

es la *Geographia* de Ptolomeo. Fue vertida al latín en los albores del xv, propagándose sus mensajes en preciosos códices. La edición que posee Lastanosa es la de 1535, enriquecida con los escolios de su paisano Miguel Servet. Su texto fue depurado por este inquieto aragonés, cuando residía en Lyon. Las *tablas* o mapas, como declara en el prólogo de la segunda edición (1541), corresponden a la edición precedente, la de 1525, sin introducir enmiendas en sus estampas.⁸

Junto a esta obra clásica advertimos la de Pomponio Mela, con varios ejemplares. Un texto más modesto, escrito con pretensiones divulgadoras, vertido al castellano en 1644 —edición que se halla presente—, además de otras en latín. Otra aportación clásica es la *Historia natural* de Plinio. Esta monumental enciclopedia contiene varios libros dedicados a la geografía, además de estar acompañada de un novedoso mapamundi, uno de los escasos ejemplares estampados en España. Sin duda, Lastanosa se sintió más atraído por sus noticias naturalistas, como más adelante veremos.

Como hemos indicado, la ausencia más llamativa corresponde a la *Geografía* de Estrabón. Una obra que inspira la tradición descriptiva de los lugares, género que se retomará con intensidad en el transcurso del Renacimiento. En parte, Miguel Servet es uno de sus cultivadores, tal como sugieren los escuetos textos que acompañan las *tablas* de su *Geographia*.

En cuanto a las geografías contemporáneas, destaca la presencia de dos obras, además de una colección de volúmenes procedentes de la editorial Elzeviriana que debió adquirir en torno a 1648. El primer ejemplar corresponde a las *Relaciones universales del mundo*, libro escrito por el italiano Giovanni Botero. Lastanosa posee las publicadas en Valladolid en 1603 y en Gerona en 1622. Será una de las pocas obras geográficas en castellano de estos siglos. Además, la edición de Valladolid está amenizada con bellos mapas inspirados en los del *Theatrum* de Ortelius, asimismo uno de los escasos conjuntos cartográficos grabados en España.

La otra obra pertenece a un autor alemán, Philippi Cluverii, escrita en latín y muy recomendada en las universidades y colegios de los jesuitas, fue publicada por primera vez en 1629. Experimentó numerosísimas reediciones durante el siglo xvii y el siguiente. La que posee es de 1643, una de las primeras. La mayor parte de las

⁸ HERNANDO, Agustín, “La reforma de la mirada. Logos y retórica en la *Geographia* de Ptolomeo (1535)”, *Eria*, 66 (2005).

ediciones posteriores cuentan con mapas que ilustran su densa información verbal. La postura ideológica de su autor aconsejó no verterla al castellano; además, ya existía en latín.

En las últimas páginas del catálogo, en una diminuta letra, advertimos la incorporación reciente de una colección de obras geográficas, 44 según la enumeración (páginas 112-114). Fueron editadas por Elzevier, célebre impresor de Leiden, y ofrecen información de los diversos países del orbe. Todas ellas disfrutaron de enorme popularidad y fueron leídas con provecho por eruditos y curiosos. A la cabeza de la relación se halla el ejemplar consagrado a España, *Hispania sive de Regis Hispaniae*, escrito por Johannes de Laet, impulsor de la colección, en 1629. Lastanosa no esperó a reunir la colección completa, y echamos en falta la presencia de dos ejemplares que hoy día gozan de merecida fama: los escritos por Bernard Varenius, uno dedicado a Japón (1649) y la *Geographia generalis* (1650).

El concepto de *geografía*, especialmente durante el siglo XVI, estuvo monopolizado por la obra de Ptolomeo. Las contribuciones de aquellos estudiosos que deseaban esclarecer las complejas ideas de su primer libro o difundir una información actualizada del orbe se vieron obligadas a ostentar otros términos. El más común era el de *cosmografía*, que incluía textos hacia los que Lastanosa no sintió especial estima, aunque debemos reconocer que gran parte de ellos fueron escritos por activos seguidores de la Reforma y contenían consideraciones despectivas hacia las costumbres de nuestra sociedad, rasgos que no agradaron a los censores, y fueron incorporados al *Índice* de libros prohibidos. Se salvó de las críticas y fue vertida al castellano, eso sí, en Amberes, la *Cosmographia* de Apiano, que vio la luz en 1548 y se reeditó en 1575.⁹ Un libro encantador, profusamente ilustrado, con ingenuas xilografías que amenizan los áridos mensajes de esta espesa rama del conocimiento. Acoge un bonito mapamundi y, como apéndice, el tratado escrito por Gemma Frisius en el que da a conocer “la manera de describir o situar los lugares” mediante el empleo de la geometría. Un innovador procedimiento metodológico aplicado por Labaña en la confección del mapa de Aragón, y que suponemos que Lastanosa comentaría con el jesuita Pablo Albiniano de Rajas, autor de datos que suministró al cosmógrafo de la corte.

⁹ La versión castellana fue efectuada por Jerónimo Girava, autor de otra célebre *Cosmografía* estampada en Italia (Milán, 1556; Venecia, 1570); la circunstancia es que este autor colaboró con su antepasado, Pedro Juan de Lastanosa, en la traducción del códice depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid, *Los dos libros de la geometría práctica de Oroncio Fineo* (1553), cuando ambos se hallaban en Bruselas.

Hay otro ejemplar en su librería que ostenta este título: *Libro de cosmographia universal del mundo, y particular descripción de la Syria y Tierra Santa*. La autoría es de Iosepe Sesse, y vio la luz en Zaragoza en 1619. Curiosamente, es el único ejemplar editado en España con la denominación de *cosmografía*.

En cuanto a otros libros de la biblioteca que ostenten el término *geografía*, el más significativo es el de Livio Sanuto, dedicado a África (Venecia, 1588). Contiene 12 capítulos, escritos en italiano, y está ilustrado con 12 mapas, lo que le han granjeado la consideración de ser el primer atlas dedicado a este continente. Cuenta igualmente con una geografía eclesiástica dedicada a describir los lugares narrados en los libros sagrados. Pese a las profundas convicciones religiosas de la sociedad española de la época, el escenario en el que se desarrollaron los acontecimientos narrados en los libros sagrados no era un aspecto que despertara especial interés, ya que al no disponer de versiones castellanas de tales obras y no alentarse su lectura, su hermenéutica corría a cargo de las autoridades eclesiásticas. Una manifestación cultural y social que contrasta de manera muy acusada con los países de la Reforma.

Un tema que suscita nuestra curiosidad es averiguar las obras corográficas o regionales presentes en su biblioteca. De España figura exclusivamente el *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, escrito por el maestro Pedro de Medina. Una obra estimada y con diversas ediciones, pese a que se alejaba de los cánones empíricos asumidos por escritores foráneos. En cuanto a Aragón, esperábamos advertir la presencia de algún manuscrito, pero no encontramos el menor rastro.¹⁰ Suponemos que el *Itinerario* redactado por Labaña no era conocido por los eruditos aragoneses, o que Lastanosa no tuvo acceso a un ejemplar del que extraer una copia. Tampoco contó con otros de regiones vecinas, impresos o manuscritos. El único ejemplar editado es una descripción del valle de Aragón.

Obras asociadas con la geografía: historias naturales, relaciones de países e itinerarios de caminos

En la biblioteca nos encontramos con algunos textos que son considerados como el germen de tradiciones que posteriormente han acaparado enorme interés.

¹⁰ Nicolás Antonio, en su *Biblioteca nova* (1672), habla de una “descripción del reyno de Aragón” escrita por Paulus Albanus de Rajas; también conoce la existencia de la biblioteca de Lastanosa, y la califica de “curiosísima”.

Unas obras que, debido a los fenómenos que estudian o el componente espacial de sus datos, podemos incluir dentro de la categoría geográfica, como son las *historias naturales*, las *relaciones* o los *itinerarios*. Todas ellas contienen noticias espaciales y de la realidad circundante, inspiran metodologías a seguir y responden a sensibilidades juzgadas o acuñadas como geográficas.

La obra más aclamada corresponde a la *Historia natural* escrita por Plinio el Viejo. Una enciclopedia dedicada al mundo natural, escrita hace veinte siglos, embrión de una tradición que comenzó a cobrar enorme vitalidad en la Ilustración. Además del volumen completo, vertido al castellano algo tardíamente, advertimos otros en latín, así como la edición parcial de algunos de sus libros. También figura la influyente obra del jesuita Kircher, personalidad con la que Lastanosa llegó a cartearse.¹¹

Otras meritorias aportaciones saturadas de noticias geográficas son las *relaciones*, un género muy popular presente en todas las bibliotecas. Como sus hermanas las *crónicas*, estas con mayor profusión de datos históricos, describen el clima, la topografía, los habitantes, los recursos económicos, las costumbres y otros aspectos pintorescos de los lugares, una literatura que despertaba enorme interés entre las sedentarias mentes de Occidente. Como los libros de viajes posteriores, su animada prosa, en ocasiones acompañada de evocadoras estampas, ayudó a experimentar la emoción de visitar y recorrer los sucesivos países. Figuran asimismo numerosas crónicas españolas que suelen contener, en su primer capítulo, alusiones al lugar manifestadas por geógrafos clásicos. Desgraciadamente, suelen carecer de datos empíricos del escenario.

Otro tema próximo corresponde a los manuales de temática marinera. Fueron redactados para la legión de aspirantes a pilotar las naves que surcaban el Atlántico y editados, como es lógico, en Andalucía, lugar en el que residían sus profesionales. Rodrigo Zamorano es el único escritor presente en la biblioteca. Echamos en falta obras significativas alumbradas en el transcurso de la primera mitad del XVI, algunas

¹¹ PERUGINI, Francesca, “La bibliothèque emblématique de Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681), mécène de Baltasar Gracián, à Huesca”, *Écriture, pouvoir et société en Espagne aux XVI^e et XVII^e siècles: hommage du CRES à Augustin Redondo*, Paris, La Sorbonne, 2001, pp. 193-209; la autora ha localizado siete cartas remitidas al jesuita Kircher en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Estas cartas aparecen publicadas por Carlos Garcés Manau en este mismo número de *Argensola* (pp. 185-197).

muy apreciadas y vertidas a otros idiomas, como la de su paisano Martín Cortés.¹² Esta omisión avala la idea de que la biblioteca fue formada por Lastanosa, con la posesión de escasos ejemplares heredados, lejos de los gustos de la corte y la nobleza andaluza (recordemos que su esposa era de este origen), que fueron quienes habían acaparado tales aportaciones en la centuria anterior. También revela las dificultades encontradas para su adquisición en Aragón o Madrid.

Otra obra significativa de la colección es el *Itinerario* de Meneses. Las guías de caminos resultaban imprescindibles a viajeros, comerciantes, militares y personas que, por su trabajo o actividad, se desplazaban frecuentemente por el territorio. También cuenta con una obra curiosa, similar a un diccionario geográfico, *Poblaciones de España*. El acceso a ambas podía aclarar cualquier duda acerca de la ubicación de una población, la ruta a seguir y la distancia a otras ciudades próximas. Son los antecedentes de tecnologías tan en boga hoy día.

Finalmente, queremos resaltar la presencia de un ejemplar compuesto exclusivamente de estampas: *Trajes del mundo*.¹³ Un tema muy popular en todas las épocas y países, que explica la aparición de numerosas obras y ha dado trabajo a dibujantes y grabadores. Como sabemos, los editores de estampas cartográficas se inspiraban en ellas para componer las orlas que ciñen algunos mapas y dotar sus cartelas de una iconografía más evocadora.

Los atlas o antologías cartográficas

Tras la etapa renacentista, protagonizada por la incesante edición de la *Geographia* de Ptolomeo, en 1570 aparece en el mercado una obra que fascinará a la sociedad europea del momento. Testimonio de los nuevos gustos geográficos, su asombroso éxito contribuirá a promover el interés hacia los mapas y la representación gráfica

¹² *Breve compendio de la sphaera y de la arte de navegar [...] compuesto por Martín Cortés* (Sevilla, 1551); en cambio sí figuraba entre los fondos de su antepasado, Pedro Juan de Lastanosa, identificado con el número 219; véase ALVAR, A., y F. BOUZA, "La librería de don Pedro Juan de Lastanosa en Madrid (1576)", *Archivo de Filología Aragonesa*, xxxii-xxxiii, pp. 101-175. Su biblioteca se compone de 550 ejemplares; en ella aparece un *Isolario* (200) y un *Theatrum*, que son títulos que identificamos en la de su descendiente; el ejemplar del *Theatrum* es diferente, y se da la circunstancia de que es el único que venden en 200 reales, precio elevadísimo según sus transcritores (p. 115).

¹³ Selig lo identifica como *De gli habiti* (nº 929 de su catálogo).

de los territorios. Se trata del *Theatrum Orbis Terrarum*, una obra ideada por Abraham Ortelius, estampada en Amberes y con más de cuarenta ediciones posteriores.¹⁴ El ejemplar que posee Lastanosa corresponde a la edición castellana de 1602. Fue publicado por Jan Baptist Vrients, tras haberse quedado con las planchas que poseían los herederos de Ortelius. La primera edición castellana había sido publicada en 1588 y era ofrecida por Plantin. Ignoramos las cualidades físicas que ostenta el ejemplar —si estaba iluminado lujosamente, por ejemplo—, así como cuándo lo adquirió, ya que los remitidos en los años posteriores a 1602 suelen contener estampas suplementarias de regiones españolas que no figuran en los ejemplares despachados el primer año. Acoge unos 117 mapas, encabezados por el mapamundi, los de los cuatro continentes y, tras ellos, los de los respectivos países. En cuanto a imágenes de la Península encontramos la dedicada a toda ella, secundada por las de Portugal, Sevilla, Valencia y una lámina que contiene la de Guipúzcoa, Cádiz y los alrededores de Aranjuez. En ediciones posteriores aparecerán las de Galicia y Cataluña. La imagen de Aragón tendrá que esperar a incorporarse a los atlas que editarán sus descendientes en la década de 1630. Unas antologías producidas ante la espectacular demanda desatada por el *Theatrum* y el *Atlas* de Mercator.

El éxito cosechado por esta célebre obra animó a astutos comerciantes a publicar ediciones en tamaño más reducido. Estaban dirigidas a complacer un sector de menor poder adquisitivo de la sociedad. El ejemplar del que dispuso Lastanosa corresponde a la edición de 1601, ofrecido igualmente por Vrients, en latín —no se llegó a traducir al castellano—, formada por 124 estampas. Como reza la anotación del catálogo, su título es *Epitome Theatri Orteliani*.

Uno de los tesoros cartográficos que debió adquirir algo más tarde es el *Atlas minor* de Mercator. Como se sabe, el prestigio logrado por su autor explica que todas las antologías cartográficas fueran denominadas *atlas*, como exhibe el frontispicio de su obra. Un colosal proyecto, como el titán que aparece retratado en su frontispicio, que no llegó a culminar. No se vertió al castellano, ya que su autor figuraba en el *Índice*. Su tamaño es intermedio y tanto los mapas como el texto estuvieron inspirados en su hermano mayor, que publicaban los herederos de Hondius, creador que había adquirido sus planchas, y se reeditó con la inserción de estampas nuevas a partir de 1606.

¹⁴ HERNANDO, Agustín, *Contemplar un territorio. Los mapas de España del Theatrum de Ortelius*, Madrid, Instituto Geográfico Nacional, 1998; contiene el facsímil de los mapas y el texto en castellano.

Ignoramos cuál era la edición de la que dispuso Lastanosa. Pudo corresponder a una latina, o francesa, estampada durante la década de 1630.

Junto a estas antologías cartográficas procedentes de los Países Bajos, las más elogiadas de la historia, también hallamos un ejemplar producido en Italia, en la ciudad de Venecia, lugar en el que se editaron imágenes cartográficas, entre ellas las primeras exentas dedicadas a la Península Ibérica. Se trata de la obra *Isole famose, porti...*, ofrecida por Giovanni Francesco Camocio a partir de 1571.¹⁵ Encabeza el apartado de la colección consagrado a las cartas geográficas, con la inscripción de “un libro prolongado, sin título, con cincuenta y dos tablas o cartas”, aunque encontramos una menos. Su promotor falleció a causa de la peste que asoló la ciudad de Venecia en 1575, y las planchas pasaron a manos de Bertelli, quien modificó la autoría. Debemos asumir, por tanto, que el ejemplar fue adquirido directamente a aquel estampero, poco después de 1571 y antes de 1575. La fecha revelaría que puede tratarse de un ejemplar heredado de su antepasado Pedro Juan de Lastanosa,¹⁶ o adquirido a algún poseedor que participó en su juventud en las batallas sostenidas entre cristianos y turcos, por ejemplo, en Lepanto.

También figuran otras antologías editadas en Italia, los populares islarios, aunque por la sobriedad de la descripción ignoramos cuáles pudieron ser. Se trata de *Islas hechas de mano con explicación en versos italianos impresa en Roma año de 1493, en 4ª, iluminadas*, (p. 45B) así como *Islas dibujadas i coloridas de mano con esplicación en italiano impresa a lo [...] en Roma, 1493, en 4º* (p. 46A). Podría corresponder al primer *isolario* estampado, el de Bartolomeo dalli Sonetti, publicado en Venecia en 1485. Pero no coinciden ni la fecha ni el lugar de edición.

Finalmente advertimos unas imágenes estampadas en París, descritas dentro de la colección de mapas. Lastanosa reunió, por tanto, ejemplares procedentes de los tres mercados más activos de la historia de la cartografía: Italia, Países Bajos y Francia.

¹⁵ GALLO, R., “Gioan Francesco Camocio and his large map of Europe”, *Imago Mundi*, VII (1950), pp. 93-102; el título completo sería *Isole famose, porti, fortezze e terre marittime sotto poste alla Serma. Sigria. Di Venetia, ad altri Principi Christiani, et al Sigor. Turco*, Venecia, alla libreria del segno di San Marco. Los ejemplares que figuran descritos en los repertorios que hemos consultado contienen diverso número de estampas; también hemos visto la obra con otro título: *Raccolta de disegni di tutte la città, et fortezze di mare, che sono nel viaggio da Venetia a Constantinopoli*, Venecia, c. 1572, 52 estampas.

¹⁶ Ya hemos avanzado que en la biblioteca de este figura un *Isolario* que por los datos transcritos nos es difícil de identificar (nº 200); véase ALVAR, A., y F. BOUZA, “La librería de don Pedro Juan de Lastanosa...”, cit.

La presencia de todas estas obras en una biblioteca revela la posesión de un acusado espíritu geográfico en su propietario. Lastanosa quiso disponer de información de los diversos lugares del orbe, y de unas imágenes con las que visualizar su configuración. La colección evoca el deseo de estar al día en asuntos geográficos y un empeño en seguir los acontecimientos contemporáneos. Al tratarse de las obras más lujosas y codiciadas del mercado, también constata un refinado espíritu bibliófilo. Unas obras que, debido a sus artísticas y seductoras ilustraciones, se hallaban al alcance de una minoría, tanto por su elevado precio como por los asuntos para los que podían resultar de utilidad.

Antes de concluir este apartado queremos dejar constancia de la presencia de dos obras escritas por Abraham Ortelius. Se trata, en primer lugar, del *Thesaurus geographicus in quo omnium totius terræ regionum, montium, promontorium...*, editado en Amberes en 1596. Un diccionario consagrado a la toponimia clásica, afición que cultivó con entusiasmo, y cuyos resultados se materializaron en los mapas históricos que publicó en el *Parergon*. Ostenta un magnífico frontispicio en el que aparecen Neptuno y Cibele flanqueando el nicho con el título, y en la base alegorías de Taurus, Nilo y Atlas. La primera edición de esta obra es de 1587, publicada bajo el título de *Synonymia geographica*. El otro ejemplar es *Deorum dearumque capita ex vetustis numismatibus in gratiam antiquitatis studiosorum effigiata et edita*, ex museo Abraham Ortelii, Antuerpiæ, 1593. Trata de los dioses y diosas que figuran en las monedas antiguas, otra de las aficiones a las que Ortelius se entregó, y cuenta con numerosas ediciones posteriores. Suponemos que ambas serían obras de enorme interés para Lastanosa, ya que su autor logró reunir una espléndida colección de monedas y medallas antiguas en su domicilio de Amberes.

Mapas exentos

Sin duda, el capítulo más original del catálogo lo constituye el apartado dedicado a enumerar los mapas exentos que componen la colección. Un inventario efectuado con esmero, ya que permite identificar la mayor parte de ellos. Fue redactado por la primera persona encargada de su confección, y se halla aderezado con un dibujo que revela el interés puesto en él. Vamos a conocer los diversos ejemplares que contiene.

Probablemente, asumiendo su redactor un criterio cronológico, reseña en primer lugar la antología stampada en Venecia en torno a 1571. Además de los mapas gene-

rales de Europa, Italia y Venecia que contiene, el resto está dedicado a las islas, ciudades y fortalezas del Adriático, costa Dálmata y otras de Grecia y el Mediterráneo oriental, como Creta y Chipre. Todas ellas están perfectamente identificadas en los repertorios y libros publicados recientemente.¹⁷

La edición de este ejemplar obedece a la curiosidad sentida por la sociedad hacia este conjunto de islas esparcidas por el Mediterráneo, escenario de numerosas batallas desatadas entre cristianos y turcos, dos poderes en permanente confrontación. Si exceptuamos sus primeras imágenes, observaremos que la antología no incluye áreas extensas; tampoco islas del Mediterráneo occidental, como Malta, Mallorca o Menorca, estampas que también ofrecía este acreditado comerciante. El deseo de proclamar el poder occidental se advierte en la presencia de imágenes conmemorativas, tanto de la ciudad de Venecia como de la batalla de Lepanto. Para un militar que hubiera participado en tales acciones, asediado sus ciudades, puesto sitio a sus fortalezas, el placer y emoción sentidos en su contemplación sería inenarrable.¹⁸

Tras esta antología encontramos otra de similar estilo y dedicada, en su mayor parte, a puertos y ciudades de la costa atlántica. Alberga menor número de láminas y contiene mayor proporción de planos, descritos con los términos “ciudad dibujada en punto alto” —perspectiva cenital—, frente a las vistas y perfiles aludidos como “dibujada en punto bajo”. Pese a nuestros esfuerzos, no hemos conseguido identificar el volumen al que puede corresponder. Podemos descartar un origen italiano.

Una vez reseñadas estas antologías cartográficas, inventariadas minuciosamente al no ostentar una portada o frontispicio con el que conocer e identificar el ejemplar, pasa a enumerar los mapas exentos que componen la colección. Por la descripción de su residencia escrita por su amigo el cronista aragonés Andrés de Uztarroz, sabemos que algunos estuvieron expuestos en las paredes, junto a los cuadros. Otros, los estampados en un solo pliego, debió de mantenerlos en carpetas o enrollados, que era la forma habitual de archivo. Tanto su exhibición en estancias como las demás

¹⁷ Las islas, ciudades y fortalezas de la costa dálmata figuran ilustradas en KOZLICIC, Mitad, *Monumenta cartographica maris Adriatici Croatici. Atlas*, Zagreb, AGM, 1995; las de la costa griega, en ZACHARAKIS, C. G., *A catalogue of printed maps of Greece. 1477-1800*, Nicosia, A. G. Levantis Foundation, 1982 (existe una 2ª ed. de 1992); ejemplares originales se hallan depositados en diversas bibliotecas, como la Library of Congress de Washington —con variadas láminas cada uno— y la British Library.

¹⁸ No sabemos si lo heredó de su antepasado, Pedro Juan de Lastanosa, matemático mayor de Felipe II y del Consejo de Guerra.

maneras de conservación son fórmulas o hábitos que no contribuyen a su preservación. Más bien todo lo contrario, como revelan algunos inventarios en los que se hace constar el grado de deterioro sufrido por dichas estampas.¹⁹ Su vulnerabilidad y los cuidados que requiere su conservación explican que no hayan llegado hasta nosotros muchas de las láminas que aparecen descritas en inventarios como el que estamos examinando o en catálogos comerciales de la época.

Aunque mantengamos dudas acerca de algunos de los mapas consignados, la mayor parte nos son bien conocidos, ya que hoy día disponemos de abundantes repertorios. En ocasiones, la escueta descripción, imprecisa o ambigua, no contribuye a identificar el ejemplar. Así, el primero reseñado, “mapa universal grande, impressa en París año 1630”, suponemos se trata de un majestuoso ejemplar estampado en varios pliegos, mural, aunque la bibliografía consultada no registra ninguno de esta fecha y ciudad.²⁰ Similar consideración podemos efectuar del siguiente mapa, el editado en Ámsterdam en 1618. Probablemente se trata del dibujado por Blaeu en 1606, el cual experimenta una tercera estampación precisamente en 1618. Sin embargo, no se anota su autor, algo que nos desconcierta, ya que para todos los demás sí lo hace.

Los mapas que figuran a continuación fueron editados como estampas exentas por el afamado dibujante, grabador y comerciante Claes Jansz Visscher (1587-1652), el primero de una saga de editores cartográficos instalados en Ámsterdam.²¹ Como

¹⁹ Nos referimos al Alcázar de Madrid, palacio cuyas paredes fueron decoradas con algunos mapas; el inventario aparece descrito en BOTTINEAU, Yves, “L’Alcázar de Madrid et l’inventaire de 1686”, *Bulletin Hispanique*, 60 (1958), pp. 450-488; figuran los objetos inventariados entre los números 1297 y 1326, entre ellos diversos mapas. Por la relevancia que cobra en el estudio del catálogo de Lastanosa que estamos efectuando, mencionamos, por ejemplo, el número 955, descrito como “Un Mapa en papel maltratado del Ducado de Borgoña”; los números 1165-1167 son “Tres Mapas de diferentes Reynos en Pergamino en las sobre ventanas muy maltratados de a vara de alto”. No hemos examinado el catálogo de la biblioteca del conde duque de Olivares depositado en la Academia de la Historia; por los estudios efectuados asumimos la inexistencia de un inventario tan pormenorizado de los mapas como el que estamos estudiando.

²⁰ SHIRLEY, R. W., *The Mapping of the World. Early Printed World Maps*, Londres, The Holland Press, 1983.

²¹ Acerca de la producción iconográfica efectuada por esta familia disponemos de abundante información: SCHUCKMAN, Christiaan, *Claes Jansz. Visscher to Claes Claesz Visscher II*, vol. XXXVIII, Roosendaal, Koninklijke van Poll, Col. Hollstein’s Dutch & Flemish etchings, engravings and woodcuts, 1991; CAMPBELL, T., *Claes Jansz. Visscher: a Hundred Maps Described*, Londres, Map Collectors’ Circle, nº 46, 1968; KOEMAN, C., *Atlantis Neerlandici. Bibliography of Terrestrial, Maritime and Celestial Atlases and Pilot Books Published in the Netherlands up to 1880*, vol. III, Ámsterdam, Theatrum Orbis Terrarum, 1967-1971; SCHILDER, G., *Monumenta Cartographica Neerlandica*, vol. VI, Alphen a/d Rijn, Uitgeverij Canaletto, 2000.

apostilla el redactor del catálogo, todas sus representaciones “son con muy hermosas orlas de trajes, ciudades, edificios, armas y retratos de príncipes, iluminadas excelentemente”. Había iniciado su carrera como dibujante y grabador de los mapas orlados de Blaeu, distinguiéndose por el exquisito buen gusto que muestra en todas sus obras. Consiste en adornar el mapa con una orla jalonada de diminutas vistas urbanas sacadas del *Civitates Orbis Terrarum* (1572-1618) y personajes de diversa condición ataviados con sus peculiares trajes, así como blasones heráldicos y otros adornos ennobecedores del lugar. Algunas estampas también ostentan el retrato del monarca o dignatarios de la región.

Entre los ejemplares de la colección se halla el dedicado a la Península Ibérica. Lastanosa posee su primera edición y cuenta con numerosas estampaciones posteriores (1633, 1641, 1652, 1660, 1695 y sin fecha), cuya abundancia, con la rectificación de la fecha, confirma la demanda y el éxito alcanzados por esta elegante presentación estética.

En este conjunto cartográfico figuran dos mapas que acaparan nuestra atención. Se refieren a Aragón: uno, dibujado y estampado en Ámsterdam; el otro, de Labaña, se estampó y comercializó en Zaragoza.²² El primero es una copia del segundo, efectuada en torno a 1630 por Henricus Hondius, tal como figura al pie de la cartela. Es una lámina que suele aparecer insertada en su compilación cartográfica. Sorprende encontrarlo aquí exento, aunque pudo haberse adquirido así.

El otro ejemplar posee mucha mayor relevancia. Como aragonés, Lastanosa no podía carecer de la imagen de su país dibujada por el cosmógrafo portugués al servicio de Felipe III Juan Bautista Labaña entre 1610 y 1619. Un monumento cartográfico, como lo calificó Antillón, patrocinado por los diputados a instancias del cronista Argensola (1607), tras contemplar el magnífico mapa mural de Cataluña que se acababa de estampar en Amberes (1606). Remitidas las planchas por el cosmógrafo portugués en diciembre de 1619, desde entonces se estampaba y vendía en Zaragoza. Los seis pliegos del mapa estaban acompañados de la descripción literaria redactada por Argensola. Ignoramos cómo Lastanosa lo conservaba y consultaba. Pudo hacerlo uniendo sus pliegos y adhiriéndolos a una tela y un bastidor, que es como disponía de otros ejemplares en su residencia. Al no constar en el inventario la fecha, es probable

²² HERNANDO, Agustín, *La imagen de un país. Juan Bautista Labaña y su mapa de Aragón (1610-1620)*, Zaragoza, IFC, 1995.

que tuviera el mapa solo, sin el texto, ya que era aquí donde figuraba, junto al nombre del editor, Juan de Lanaja, activo entre 1610 y 1639.

Curiosamente, todos los mapas enumerados ostentan fechas cercanas a 1630. Sin duda, proceden de un pedido cursado a Ámsterdam, fascinado su remitente por la belleza que exhiben dichos mapas. Son estampas muy hermosas, iluminadas a mano, de manera muy meticulosa, lo que las dotaba de especial elegancia. Por la diferencia en las fechas, no creemos que procedan de su viaje a París en 1637-1638. Pero es una hipótesis muy tentadora, ya que en la colección figuran mapas holandeses y franceses.

Además de los lotes mencionados encontramos descritos otros dos. El primero incluye mapas apaisados —*prolongados*—, de puertos y costas —*riberas*— de Francia. Ignoramos de qué antología se trata, aunque no existía una oferta muy variada. No creemos que fuera de origen francés, ya que este país carecía de la edición de estampas de esta naturaleza.

En segundo lugar aparece reseñado otro envidiable conjunto: las vistas panorámicas y planos urbanos, identificados respectivamente, tal como hemos avanzado, como “dibuxada de punto vaxo” o “punto alto”; 12 memorables ciudades de Occidente, además de Jerusalén. Resulta muy difícil averiguar su autoría y establecer su procedencia, aunque probablemente fueron adquiridas en Ámsterdam. Visscher podría ser el autor de algunas, ya que coincide con las ofrecidas en sus catálogos; otras podemos descartarlas. Por las fechas, pensamos que fueron adquiridas en el mismo momento y lugar. Solo en una se cita expresamente que está editada en París (1621). La única ciudad española que figura es Sevilla, y la vista estaría editada en Ámsterdam en 1620, aunque solo conocemos el ejemplar publicado por Janssonius en 1617:²³ se trataría de la espléndida vista en perspectiva efectuada desde Triana, que junto al título reza “qui non ha vista Sevillia, non ha vista marravilla”. Sabemos de otra firmada por Visscher, publicada en cuatro pliegos (43 x 213 cm), pero está fechada en 1643.

Otro dibujo que atrae nuestra atención corresponde al plano de Jerusalén, especialmente por la anotación con “explicaciones en romance”. Pudo tratarse de un plano de la ciudad, amenizado, en su parte baja, con la descripción de los edificios y lugares en castellano. Una estrategia comercial adoptada por los editores holandeses para

²³ CABRA, M^o D., *Iconografía de Sevilla, 1400-1650*, Madrid, El Viso, 1988.

complacer la clientela internacional e incrementar así la venta. Gran parte de esta oferta aparece en el catálogo publicado por la misma firma en 1682, cuando el negocio ya estaba en manos de Nicolás Visscher II (1607-1684), nieto del anterior.

¿Qué valoraciones podemos extraer del hecho de disponer de este espléndido y variado patrimonio cartográfico? En primer lugar, señalar su importancia informativa y su encanto estético. Sabemos que tales ejemplares estuvieron al alcance de minorías muy selectas, como monarcas, ministros y altas jerarquías de la Iglesia. Por ello, sorprende encontrar un elenco tan copioso y seductor en una pequeña ciudad, Huesca, y en una biblioteca que no pertenecía a un miembro distinguido de la nobleza. Sin duda, debió de sentirse fascinado por estas originales estampas. Todas ellas las debió adquirir en el transcurso de la década de 1630. Unas piezas excepcionales, análogas a los artísticos mapas murales exhibidos en salas, despachos y otras estancias de palacios y edificios suntuosos. Sirvan como ejemplo de este refinado gusto los mapas pintados en salas del Vaticano o en edificios de Florencia, así como los que cuelgan de las paredes inmortalizados por Vermeer en sus retratos de interiores holandeses. El Alcázar de Madrid y El Escorial también estuvieron decorados con frescos cartográficos.

El interés puesto en la posesión de estas alegorías territoriales nos alerta de algunas significativas ausencias, como las lujosas cartas náuticas o los ingenuos planos manuscritos trazados por maestros agrimensores, por ejemplo, de las propiedades rústicas. Un gusto, este último, que no se prodiga entre la nobleza española, aunque sí entre la de otros países, proclamando con orgullo la magnitud y localización de sus fincas. Son anticipos de los planos catastrales dibujados por hábiles artistas, requeridos en ocasiones para dirimir disputas legales.

También detectamos otras curiosas ausencias. En primer lugar, imágenes del continente americano. Sorprende no hallar mayor número de ejemplares dedicados a este escenario, fuente inagotable de riquezas y noticias. Y, si reparamos en lo próximo, un mapa de los Pirineos editado por Tavernier en París; o el espléndido mapa mural de Cataluña que ahora vendía el propio Visscher. El fervor religioso de Lastanosa le animó a adquirir un plano de Jerusalén, pero no un mapa de Tierra Santa. Todas estas consideraciones no restan importancia o méritos al magnífico patrimonio cartográfico que reunió. Solo dejan constancia de sus cualidades, los gustos con los que se identifica su poseedor y las dificultades que tuvo que sortear para lograr disponer de los ejemplares que componen su colección.

Instrumentos geográficos

Entre los instrumentos matemáticos enumerados en otro apartado del catálogo figuran las *esferas* y los *globos*. Aunque no disponemos de inventarios análogos en los que poder captar el significado de la terminología, suponemos que cuando se citan esferas se hace referencia a las armilares, es decir, unos ingeniosos objetos que permiten averiguar el recorrido aparente del Sol y los demás astros, así como los efectos de su desplazamiento sobre la Tierra, como zonas, círculos mayores y menores y polos. Aparece la Tierra en su centro y, a su alrededor, un conjunto de anillos que ayudan a visualizar el recorrido seguido por el Sol en las diversas estaciones del año. Se cita una esfera pequeña, de plata. Una escultura muy artística, probablemente celeste, conocida gracias a ejemplares de los que disponemos desde la Edad Media, debido al interés que la cultura árabe mostraba por esta representación alegórica.

Los dos juegos de *globos* corresponden a las representaciones volumétricas de la superficie terrestre y la bóveda celeste con las constelaciones. Aunque ignoramos su autor, los holandeses eran los principales fabricantes y proveedores de este tipo de recursos, al igual que lo eran de los mapas. Su presencia en un despacho o estudio, además de otorgar distinción e interés por los asuntos internacionales, era un signo de universalidad, tal como sucede hoy día. Eso explica que sean considerados como elementos ornamentales en los inventarios de bienes, análogos a otras piezas decorativas de las estancias.

No parece que Lastanosa contara con un *planetarium*, otra ingeniosa invención que ayudaba a visualizar la posición de la Tierra y los demás planetas del sistema solar, incluido el Sol. Son muy populares los dibujos de los sistemas que comienzan a divulgarse, como el de Copérnico, enfrentado al geocéntrico asumido en los países católicos, que era el de Ptolomeo.

El inventario alude a otros instrumentos que permitían a viajeros y estudiosos calcular y obtener medidas astronómicas y geométricas. El primero, descrito en nogal, podría tratarse de un astrolabio. Hay igualmente otro, en este caso de bronce, que corresponde a un cuarto de círculo o cuadrante. Lleva adherido un reloj que interpretamos corresponde a una brújula. Este instrumento, usado para calcular ángulos, es el que permite establecer la posición de los lugares, un instrumento similar al que empleó Labaña en su periplo por Aragón para fijar la posición de las ciudades que figuran en su mapa. De ahí los datos geométricos que anota en su *Itinerario*. También aparece en el inventario un instrumento denominado *bastón de Jacob* o *ballestilla*, que servía

igualmente para averiguar la altura del Sol y establecer así la latitud. Evidentemente, usándolo en el mar, los marinos podían estimar la derrota seguida. Como delata la presencia de manuales o tratados geométricos en su biblioteca, Lastanosa debió de sentir una especial inclinación hacia estos temas, quizás heredada de su antepasado Pedro Juan.

SIGNIFICADOS CULTURALES Y SOCIALES QUE EVOCA LA POSESIÓN DE ESTE CONSIDERABLE PATRIMONIO GEOGRÁFICO

Los ejemplares que acabamos de identificar constituyen un apartado muy singular de la biblioteca de Lastanosa. Reflejan tanto el interés cultural como el exquisito buen gusto de su poseedor. El mapa, una manera de conocer e imaginar la realidad circundante, aunaba en esos siglos su condición de objeto artístico y la de documento cultural con el que visualizar los diversos lugares de la superficie terrestre. Una evocadora estampa cuya iconografía condensa saberes territoriales muy anhelados, tanto por políticos y hombres de estado como por eruditos o mercaderes sedientos de información geográfica. Ignoramos cuál fue el uso y beneficios que obtuvo Lastanosa de todo ello, ya que sus escritos o actividades no desvelan su empleo. Como en el caso de la biblioteca, los significados más relevantes serían el cultural y el simbólico, este último como resultado del alarde público y el impacto social causado por la magnitud de los bienes culturales que poseía.

Podemos afirmar que su dueño, rodeado de tan copiosa documentación, tuvo acceso a una cultura geográfica poco común en la época. Sus conocimientos y sentido del lugar le harían competente en temas de naturaleza geográfica asumiendo perfectamente la localización, distancia, accesibilidad y demás cualidades espaciales de los diversos hechos y acontecimientos producidos sobre la superficie terrestre. La visualización periódica de su colección cartográfica contribuiría a forjar una manera de concebir y articular la realidad, la construida y propagada por la cartografía europea. A su vez, los mapas le permitirían asimilar mejor el carácter espacial de las noticias que recibía, tanto de su país, Aragón, como de los demás territorios. La imaginación espacial que fue construyendo le ayudó a ubicarlas y contextualizarlas en sus respectivos escenarios, la Península, Europa, el Mediterráneo o el orbe en general.

Sin duda, Lastanosa se sintió hechizado por el encanto que fluye de la contemplación pausada de un mapa. Un diseño dotado de enorme fuerza evocadora y con el que se puede imaginar las cualidades que poseen los diversos escenarios de la

superficie terrestre. El talento artístico desplegado por sus creadores, combinado con su buen gusto y deseo de complacer, los hizo muy seductores, engalanándolos con detalles ornamentales que amenizaban su escueto y árido dibujo. Las vistas urbanas permiten percibir la silueta de las ciudades sintiendo la emoción de estar en sus alrededores, contemplándolas, sin el esfuerzo que supone el desplazamiento; los planos hacen posible la ilusión de recorrer sus calles y plazas, contemplar sus edificios, admirar sus murallas y otros rincones de sus inmediaciones. Algunas de aquellas vistas, además, estaban engalanadas con escenas de la vida cotidiana, retratando fielmente el trajín del puerto, las tareas ejercidas en las orillas del río, la actividad mercantil de su plaza y otros lugares frecuentados por sus residentes. Todas exhibían una retórica muy esmerada, propia de las elites a las que iban dirigidas. Su posesión hacía sentir la emoción de formar parte de esa privilegiada minoría que disfrutaba de estos majestuosos objetos que sintetizan el talento y la maestría humanos.

Recordemos que la iconografía del mapa condensa datos y mensajes muy heterogéneos. Junto a los más convencionales, los geográficos, encierra otros más sutiles, como los astronómicos, los geométricos, los políticos o los sociales. En efecto, cualquier mapa ofrece una información muy variada del territorio, real o imaginada, desde unos atributos naturales hasta una organización política, unas soberanías, unas escalas, unas medidas graduadas, unas jerarquías de sus asentamientos y otros datos más o menos relevantes. De ahí su protagonismo en despachos gubernamentales, bibliotecas de eruditos o dependencias públicas, lugares en los que fueron exhibidos con orgullo y prodigalidad. Para el osado viajero o comerciante, constituye una invitación a desplazarse y ampliar sus anhelos o el intercambio de productos.

Desgraciadamente, quienes frecuentaron el domicilio de Lastanosa y conocían perfectamente sus bienes no se mostraron muy impresionados por la presencia de estos imponentes retablos ya que, tanto en las descripciones del hogar como en los elogios tributados a su persona y la exuberante colección formada, los mapas no figuran entre los tesoros, joyas, curiosidades y maravillas. Reseñan las medallas y monedas, las estatuas y otras antigüedades, la pintura, los vasos, las urnas y los anillos, y, por supuesto, la biblioteca. Ignoramos, por tanto, el servicio que pudo prestarle. Uztarroz, al describir su suntuosa residencia, repara en la presencia de los mapas. Se hallan expuestos en sus salones, junto a las pinturas y otros objetos artísticos. Alude expresamente a “un mapa grande universal moderno, con orla de trajes y ciudades de famoso colorido, y gran número de mapas pequeños y por las márgenes las naciones y sus trajes; hay asi-

mismo retratos de ciudades”.²⁴ En definitiva, una función decorativa, alejada de la que podía desempeñar en dependencias de la corte u otras salas en las que se trataban asuntos mercantiles. Sin duda, el autor sacó mayor provecho práctico al mapa de Aragón dibujado por Labaña que el que pudo extraer de cualquier otro, ya que no fue una persona muy viajera o que despachara asuntos que precisaran un estudio concienzudo de los lugares, como los que reclama el comercio internacional o los meditados asuntos diplomáticos.

Evidentemente, su posesión y visualización contribuyeron a dotarle de la sensación de disponer de una visión privilegiada, la cenital, dominando con la vista extensos territorios. Una sensación que le distanciaría de sus contemporáneos, especialmente los más próximos, para relacionarse con personas con las que podía compartir dicha mirada, desde miembros cultos de la orden de los Jesuitas, a los cronistas Uztarroz y Pellicer, embajadores en la corte, y el propio monarca Felipe IV.

Pese a contar con obras literarias dedicadas al continente americano, como las de Acosta y Las Casas, no parece que los temas coloniales le suscitara especial preocupación. Tampoco la expansión occidental documentada en obras escritas por misioneros y otros viajeros. Evidentemente, su ubicación explica la inexistencia de una exquisita cartografía manuscrita, ya que esta era más propia de la nobleza civil y religiosa y más accesible en los lugares con proyección marítima en los que se confeccionaba, como la bulliciosa Sevilla.

INTERROGANTES QUE SUSCITA LA POSESIÓN DE ESTE MAJESTUOSO

PATRIMONIO CULTURAL: MOTIVACIONES, EXPERIMENTACIÓN Y EFECTOS PRODUCIDOS

Del estudio de los fondos geográficos atesorados por este erudito aragonés surgen algunos interrogantes difíciles de despejar, ya que no disponemos de información complementaria. El primero tiene que ver con su *génesis* y las *circunstancias* que alentaron su adquisición. Aunque pudo heredar algunos ejemplares, las fechas delatan una afición temprana y un afán posesivo perseverante que le llevaron a adquirir obras en el transcurso de su vida. El lote de mapas lo debió adquirir en el primer lustro de la década de 1630, poco después de su estampación. Así se desprende de la homogeneidad de las

²⁴ ANDRÉS DE UZTARROZ, Juan Francisco, *Descripción del palacio...*, cit.

fechas que exhibe. Una etapa de su vida en la que, además de tener la oportunidad de adquirirlos, descubriría la relevancia del tema y quedó atrapado por las cualidades estéticas y simbólicas que exhiben estos ejemplares. Debido a la temprana fecha en que concluye el catálogo, ignoramos el ritmo de las adquisiciones posteriores y no podemos admirar el fondo reunido en el ocaso de sus días. El hecho de que se observen algunas incorporaciones con caligrafías diferentes y fechas algo tardías revela que se añadían piezas sin cesar. Entre las más próximas a la fecha de finalización del catálogo encontramos el *Atlas* de Mercator y otros ejemplares de temática geográfica, algunos de gran valor, como los *islarios*.

En cuanto a las *circunstancias*, solo podemos especular acerca de cómo consiguió los ejemplares. Tenemos constancia de algunos encargos a amigos y regalos recibidos, pero desconocemos cuáles fueron los canales habituales de adquisición, ya sea a través de mercaderes de libros aragoneses o de la Península, o de la mediación prestada por miembros de los Jesuitas o corresponsales residentes en otros países. Lo que sí podemos afirmar es que logró acumular una envidiable colección. Un hecho que no era frecuente en la época, salvo en miembros de la nobleza y personalidades implicadas en asuntos de gobierno. Pudo heredar alguna antología cartográfica, o contar con ella desde su juventud, como el *Epitome* o el *Theatrum* de Ortelius, lo que conllevaría su descubrimiento y la pronta inclinación sentida hacia tales joyas bibliográficas. Una pasión muy acusada, dada su rareza y el elevado precio que alcanzaban en el mercado, especialmente los atlas.

Mayor interés despierta averiguar cuáles fueron las *funciones* desempeñadas por esta espléndida colección. Como venimos indicando, el mapa era un estratégico y eficaz instrumento informativo utilizado en tareas políticas, militares, mercantiles o eruditas. Al contemplar la colección, el conjunto de libros y objetos culturales que acumuló, podemos decir que su principal misión fue la instructiva: disponer de información de los diversos lugares de la superficie terrestre. Por otro lado, su exposición en ciertas salas obedece al carácter decorativo y la fuerza simbólica que encierra el mapa. Un alarde cultural que hizo patente rodeándose de estos llamativos *espejos de los lugares* y poniéndolos a la vista de los visitantes. Con su exhibición, proclama y celebra sus gustos intelectuales, proyectando una peculiar señal de identidad con la que acrecentar su reconocimiento social.

Para personalidades coetáneas cuya afición a los mapas conocemos, como el conde duque de Olivares, su posesión constituía un recurso imprescindible en tareas

de gobierno, legislativas, militares, diplomáticas o meramente administrativas.²⁵ Lo mismo podemos alegar de bibliófilos doctos pertenecientes a los consejos asesores del monarca. Por tanto, el provecho intelectual sacado por Lastanosa es algo diferente, ya que no llegó a desempeñar tareas de esa naturaleza. Incluso la redacción de su obra literaria no reclamaba la disponibilidad de dicho alarde cartográfico. Por tanto, nos debemos limitar a su insaciable curiosidad cultural y las enormes ansias de saber como principales motivos de su afán de posesión, un afán alentado por el disfrute que emana del hecho de tener objetos que sintetizan y simbolizan el conocimiento.

Nos queda por descubrir cuál fue su *experimentación* y cómo contempló esta parte de su biblioteca. Por la redacción del catálogo vemos que la colección cartográfica la equipara con los demás recursos culturales que reúne, como son los libros, los instrumentos matemáticos y las monedas y medallas. Unos tesoros, estas últimas, por los que sintió especial debilidad y de los que estaba muy orgulloso. Desgraciadamente, no disponemos de escritos u otras manifestaciones de sus inquietudes investigadoras que permitan esclarecer su empleo o experimentación.

Aunque no todos los mapas estuvieron expuestos, sí podemos afirmar que aquellos que lo estaban mostraban algunas de las cualidades con las que se identificaba, sus aspiraciones y las profundas emociones sentidas. En efecto, uno de los ejemplares exhibidos era el espectacular mapa del mundo. Su monumentalidad, como suntuoso retablo laico, simboliza su espíritu universal, su apetito de saber acerca de los lugares lejanos, y refleja cómo desea ser imaginado. Una representación metafórica con la que se identificó, evocadora de los valores y virtudes que presidieron su existencia terrenal.

Similar sensibilidad se advierte en la presencia de diversos globos y esferas, objetos que necesariamente tuvieron que estar expuestos. Ignoramos si su ardor patriótico le llevaría a ostentar igualmente el mapa de Aragón. De lo que sí podemos estar seguros es de que su oportuna consulta le reportaría beneficios prácticos, por ejemplo en su defensa del territorio contra la invasión francesa, en Monzón.

Podemos afirmar que su selecta biblioteca geográfica estaba mejor dotada que la que poseían la Universidad o el colegio de los Jesuitas. Por ello, debemos asumir

²⁵ MARAÑÓN, G., "La biblioteca del Conde Duque", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 107 (1935), pp. 677-692; el autor sostiene que fue formada para su recreo, su instrucción e incluso su vanidad; la califica de "copiosa en geografía y mapas que se hacía traer de todas partes", pero sin citar ejemplos.

que fuera objeto de consulta por parte de alguna personalidad interesada en estos temas, aunque no parece que se prodigara una gran afición a los mismos, como revela a qué prestan atención las amistades y personas que conocían bien su patrimonio.

La difusión oral de su riqueza, como avala el catálogo, contribuyó a acrecentar su reconocimiento intelectual y social en los círculos culturales y políticos aragoneses y de la corte. Otra sutil manera de experimentar su patrimonio cultural. Lo confirman las dos visitas cursadas por el monarca Felipe IV a su residencia, así como la relación personal y epistolar que sostuvo con personalidades de la cultura.

En definitiva, la posesión de este espléndido patrimonio cartográfico representó para Lastanosa un signo de distinción intelectual y económica, de orgullo y prestigio social. Una manifestación elocuente de sus inquietudes bibliófilas, con las cuales aspira a identificarse y desea ser recordado. Unos atributos que le granjearon la estima y admiración de sus conciudadanos, sensaciones que le animarían a enriquecer la colección hasta el final de sus días.²⁶

CONCLUSIONES: ADVERTIR Y PONDERAR LOS VALORES QUE ATESORA UNA COLECCIÓN GEOGRÁFICA Y CARTOGRÁFICA

El pausado examen de la biblioteca formada por un erudito aragonés del siglo XVII, especialmente sus ejemplares geográficos y cartográficos, nos ha permitido descubrir las cualidades culturales que poseía, explorar los ideales humanistas en los que se sustentaba y apreciar las sensibilidades mostradas por su propietario. También hemos tratado de resolver algunos interrogantes que plantea la disponibilidad de tan valioso patrimonio. Contrariamente a los casos que ya conocíamos, su dueño no reunía el perfil y circunstancias en las que se precisaban y empleaban tales estampas, ya que se hallaba lejos de los círculos de poder cercanos a la corte, unos escenarios en los que los mapas y la información geográfica que albergan cobraban un significado especial como instrumentos indispensables en las tareas de gestión del Estado. Son, por tanto, afanes idealistas —culturales, eruditos e intelectuales— los que alentaron a

²⁶ El inventario que acabamos de estudiar, redactado en la década de 1650, registra unos 1300 ejemplares, estimándose que Lastanosa poseía 6700 libros en 1639, según el manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid; solo podemos especular acerca de cuál sería su magnitud en el ocaso de su vida, si es que mantuvo las mismas ansias compradoras.

su creador, una personalidad sedienta de información geográfica y atraído por la amena manera de presentarla.

Las cualidades informativas y artísticas que ostentan las piezas que acabamos de mencionar constatan la importancia del patrimonio cartográfico reunido. Unos ejemplares que, además de corresponder a los objetos culturales más costosos del mercado, eran difíciles de adquirir, ya que eran producidos en el extranjero. También revela que, pese a las dificultades que entrañaba su consecución, una persona tenaz, fascinada por su manera de presentar la realidad geográfica, podía disponer de estas evocadoras estampas. Unas imágenes que eran confeccionadas en su mayor parte por rebeldes políticos y seguidores de la Reforma instalados en las Provincias Unidas del Norte. Con su posesión, además de contribuir a su deleite personal, aspiró a incrementar su estima social y ser recordado como una persona ansiosa de rodearse de recursos culturales.

Si su domicilio fue calificado por sus contemporáneos como un verdadero museo, los mapas acreditan su opulencia, sus gustos culturales y las maravillas conseguidas. A su vez, permiten ubicar la procedencia de todas las demás piezas, desde sus apreciadas medallas y monedas hasta las exóticas plantas de su jardín. Su reiterada visualización era una permanente invitación a elevar la mirada para concebir la existencia de otros escenarios y evadirse de los asuntos cotidianos. Y, sobre todo, contribuyeron a dotarle de una envidiable imaginación geográfica.